

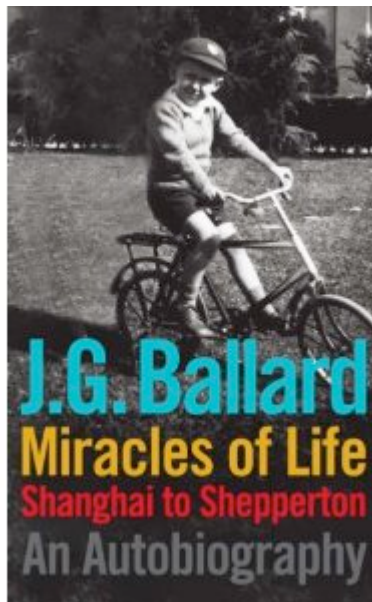
Memorialistas & Viajeros

J. G. Ballard: “Milagros de vida”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Se trata de una autobiografía que el gran maestro de la llamada “nueva ola” de la ciencia-ficción publicó en 2008, un año antes de su muerte. Tal muerte es anunciada en el último capítulo del libro, ya que Ballard sufría de cáncer de próstata y sabía que sus días estaban contados. Durante nueve meses de 2007 emprende la escritura de este breve recuento de su vida, agobiado por la enfermedad. El resultado es un libro lleno de emoción, agradecimiento y gentileza para con la humanidad, a la que considera sin embargo intrínsecamente estúpida. A menudo narra las peores aberraciones como si fuera lo más normal. Nada de eso le impide plantear abiertamente sus opiniones, gusten o no. Se declara ateo y republicano: no cree en Dios ni en la Reina. Expresa su amistad y aprecio por el irascible novelista Kingsley Amis, repudiado por sus pares e impares.

Ballard era británico, aunque nacido en Shanghai, que a inicios del siglo XX era una ciudad internacional donde los ingleses hacían sus negocios. Buena parte del libro cuenta de su infancia, transcurrida en esa ciudad, la que como dice era un “caleidoscopio radiante y a la vez sangriento”. No faltan las diversiones, como el cine. Recuerda “Tengo grabada en la memoria la guardia de honor compuesta por cincuenta jorobados chinos a las puertas del estreno de la película *El jorobado de Notre Dame*”. Otras imágenes son atroces: “Los camiones del Ayuntamiento de Shanghai recorrían a diario las calles recogiendo los cientos de cuerpos de indigentes chinos que morían de inanición en las aceras de la ciudad”. Contempla, pero no se explica, “la legión de prostitutas con abrigos de piel”. Agrega: “Toda la ciudad apestaba a porquería, enfermedad y miasmas de la manteca de los miles de vendedores de comida china”.



Durante la invasión a China en la Segunda Guerra Mundial es obligado a vivir en un campo de concentración, donde los japoneses han encerrado a los extranjeros, entre ellos sus padres. Recuerda así su llegada: “Por todas partes había canales abandonados y arrozales descuidados... De repente apareció el campo de Lunghua, mi último hogar real de la infancia, donde pasaría los siguientes dos años y medio, en su mayor parte felices”. El inquieto niño Ballard atrapa imágenes: “Se respiraba un ligero olor a aguas residuales en el aire, compartido con un millón de mosquitos”. Disfruta la vida, aún en condiciones que serían inaguantables para otros: “En general me sentía alegre y optimista, aunque las raciones de comida disminuyeron hasta casi desaparecer, las infecciones cutáneas me cubrieron las piernas, la malnutrición me provocó un prolapso rectal y muchos adultos estaban decaídos”.

Cuando uno se ha adentrado con ardor en la obra de un escritor, como fue mi caso con Ballard (en *Ramona* publicamos un artículo sobre su cuentística), las autobiografías (si son honestas y no intentos prepóstumos de lavado de imagen), permiten ver, junto al autor, los elementos que alimentan su obra, sus obsesiones y apasionamientos; y también los retazos de mundo en su versión más extrema que condimentaron su imaginación artística. El niño Ballard asiste a inenarrables actos de crueldad. Ve cerca de la línea del tren a un grupo de soldados japoneses, ya derrotados, torturando a un chino: “El soldado japonés había cortado unos trozos de hilo telegráfico, había atado al chino a un poste y estaba estrangulándolo lentamente mientras el chino tarareaba con voz cantarina... Estaba muriéndose lentamente de asfixia, al tiempo que su orina se esparcía por la plataforma... Aquel pelotón japonés había llegado a un punto en que la vida y la muerte ya no significaba nada para ellos”.

Cuenta Ballard que su familia decide volver a Inglaterra, cosa que para él no tiene sentido. Es un país que conoce sólo por referencias. Todo le parece extraño: “Las calles situadas cerca de los muelles estaban llenas de lo que parecían cochecitos de niño negros, una especie de cubos de carbón móviles que, supuse, se usaban para abastecer de carbón a los barcos. Más tarde me enteré de que eran autos británicos”. Su familia quiere que estudie medicina, lo hace por un tiempo, concentrando su atención en las disecciones de cadáveres. Entretanto, “escribía relatos y fragmentos de novelas incomprensibles que cobraban sentido completo si se consideraban surrealistas”. Da claves de su orientación artística: “La medicina, que parecía lindar con la psicología patológica y el surrealismo, me interesaban... Los seres humanos eran a menudo irracionales y peligrosos”.

En algún momento descubre la ciencia-ficción. Piensa que con el género podría encontrar “una forma sencilla de traducir el surrealismo visual a la prosa, o a una prosa que fuera legible”. He aquí su credo: “Interiorizaría la ciencia-ficción, buscando la patología que yacía bajo la sociedad de consumo, el panorama televisivo y la carrera de armamento nuclear, un enorme continente intacto de posibilidades ficcionales”. No le va bien, tiene veintitrés años y su carrera de escritor no da señales de partir. Los norteamericanos rechazan su enfoque del “espacio interior”. Cuenta: “Reinaba una ortodoxia feroz, y cualquier intento por ampliar el ámbito de la ciencia-ficción tradicional se consideraba digno de conspiradores solapados”.

Sólo en 1963 logra conocer algún éxito, con su novela *El mundo sumergido*, una obra de culto que fue publicada en castellano por Ediciones Minotauro, Buenos Aires, la que por entonces traducían a Ray Bradbury, Ursula K. Le Guin, Frederik Pohl, Olaf Stapledon y Theodore Sturgeon, entre otros cultores del género, hoy clásicos. Entretanto sigue publicando sus cuentos, que ya no requieren de ruegos a los directores de revistas, a pesar de los continuos cambios de estilo que su autor adopta. Su amistad con el colega de la ciencia-ficción Michael Moorcock fue importante para él, así lo reconoce. Hasta que llega su éxito total, la novela *Crash*, que se impone no sin dificultades al ser tachada de pornográfica. Su novela autobiográfica *El imperio del sol* lo encuentra consagrado.

Hay mucho más en estas breves memorias, tituladas *Milagros de vida* en homenaje a sus hijos. Sólo he señalado algunas cosas que me interesaron de modo especial. Cuenta Ballard que tras cuarenta y cinco años es invitado a volver a Shanghai. Observa: “Allí vi a las primeras mujeres chinas ricas, de mirada dura y amenazante, parecidas a las que conocían mis padres y tanto miedo me daban de niño”. Tal frase resume su implacable forma de mirar el devenir de la historia como una danza absurda que no deja de repetir su siniestra coreografía.

